

Allá por 1820 la hija de un ex jefe de Escuadras, fea como ninguna, logró tocar la palma de San Juan cuando el trono se acercó sin motivo aparente al balcón donde se encontraba viendo la procesión del Viernes Santo al final de la calle Mayor. Seis meses después se anunció que se casaba con un joven oficial de los Bataillones de Marina. La hija logró casarse y el padre nunca quedó lo suficientemente agradecido a la “mano de santo” que San Juan le echó en aquella lejana noche. Y así es como comienza la leyenda que aún hoy perdura.

Los poderes casamenteros de San Juan

Cuenta la leyenda local que las jóvenes en edad de merecer esperaban con ansia el paso de San Juan marrajo por las angostas calles de la Cartagena más rancia y castiza. Quien acertaba a acariciar su palma tendría mayores facilidades para encontrar novio. Hay quien incluso va más lejos y le atribuye el milagroso noviazgo entre una joven algo feúcha y un apuesto oficial deseado por todas las muchachas casaderas de buena posición social, años ha. Bien sea por devoción, bien sea por tradición, lo cierto es que numerosas mujeres, solteras y casadas, siguen saliendo a los balcones de sus casas al paso del Evangelista marrajo. Tocar su palma es una empresa muy difícil, por lo que la mayoría se conforma con arrancar un clavel de las cartelas más altas del trono, flor que luego guardan como oro en paño.



Crónica publicada en el diario La Verdad de Cartagena el 20 de Abril de 2003.